

ANNA FIFIELD



Capitán Swing®

EL GRAN SUCESOR

EL DESTINO DIVINAMENTE PERFECTO DEL
BRILLANTE CAMARADA **KIM JONG UN**

EL GRAN SUCESOR

EL DESTINO DIVINAMENTE PERFECTO DEL
BRILLANTE CAMARADA **KIM JONG UN**

ANNA FIFIELD

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

Capitán Swing 

Nota de la autora

Muchas de las personas que tuvieron que escapar de Corea del Norte y aparecen en este libro me pidieron que no utilizara su verdadero nombre: temen que hacerlo podría poner en peligro a sus familiares que todavía permanecen en el país. En estos casos utilizo seudónimos o bien no menciono nombre alguno.

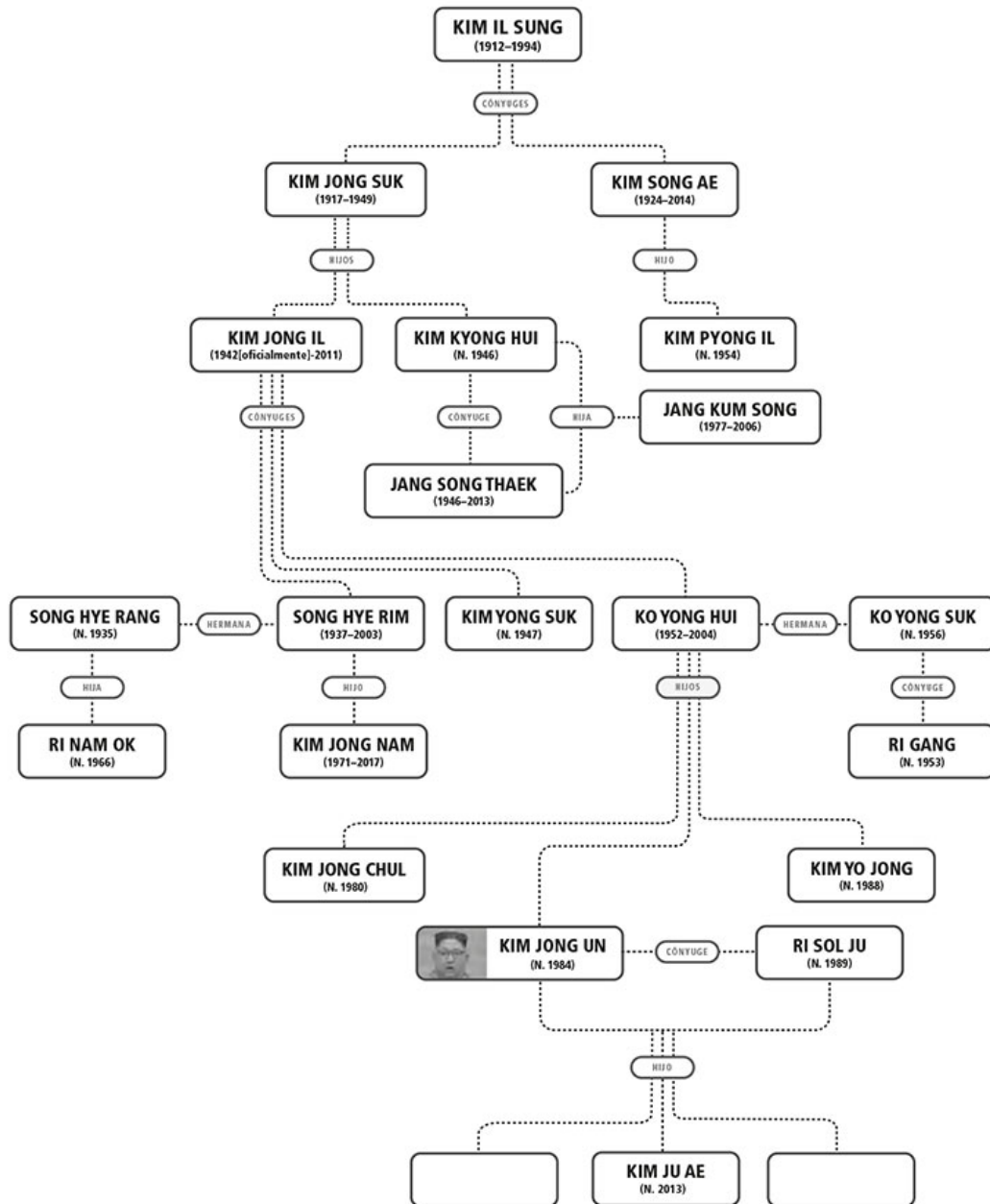
He utilizado el sistema de romanización oficial de Corea del Norte para transcribir los nombres de personas y lugares norcoreanos. Transcribo, pues, Kim Jong Un en lugar de Kim Jeong-un; Ri en lugar de Li; Paektu en lugar de Baekdu; Rodong en lugar de Nodong, y Sinmun en lugar de Shinmun.

PENÍNSULA DE COREA



ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA KIM

(Selección de miembros)



PRÓLOGO

Estaba sentada en el vuelo de Air Koryo 152 a Pyonyang, lista para emprender el que sería mi sexto viaje a la capital norcoreana, pero el primero desde que Kim Jong Un accediera al poder. Era el 28 de agosto de 2014.

Ir a Corea del Norte como periodista constituye siempre una experiencia extraña, fascinante y frustrante a la vez, pero este viaje iba a alcanzar nuevas cotas de surrealismo.

Para empezar, tenía a mi lado a Jon Andersen, un luchador profesional de San Francisco de ciento cuarenta kilos de peso que en el *ring* adopta el apodo de Strong Man, y al que se conoce por su especial dominio de diversas técnicas de lucha libre que llevan nombres como «salto rompecuellos» o «presa de gorila con derribo».

Terminé junto a Andersen en clase preferente (sí, la aerolínea estatal comunista tiene clases) porque otro pasajero prefirió ocupar mi asiento en clase turista para poder sentarse con un amigo. Así que nos acomodamos en los asientos de color rojo del viejo avión Iliushin, que, con sus reposacabezas cubiertos de encaje blanco y sus cojines de brocado dorado, recordaban a los sillones del salón de casa de la abuela.

Andersen era uno de los tres luchadores estadounidenses que, tras dejar atrás sus mejores días, habían acabado en Japón, donde su tamaño les había ayudado a convertirse en las grandes atracciones que habían dejado de ser en su

tierra natal. Allí disfrutaban de un modesto nivel de fama e ingresos. Pero seguían en el mercado en busca de nuevas oportunidades, por lo que en ese momento los tres se dirigían a un evento sin parangón: los primeros Juegos Internacionales de Lucha Profesional de Pyonyang, un fin de semana de competiciones relacionadas con la lucha y las artes marciales organizado por Antonio Inoki, un luchador japonés de rostro demacrado cuyo objetivo era promover la paz a través del deporte.

Cuando despegamos, Andersen me dijo que sentía curiosidad por ver cómo era realmente Corea del Norte, más allá de los clichés de los medios de comunicación estadounidenses. No tuve el valor de decirle que estaba volando hacia una farsa diseñada específicamente durante décadas para asegurarse de que ningún visitante pudiera ver cómo era realmente Corea del Norte; que no tendría ni un solo encuentro no planificado ni una sola comida normal y corriente.

La vez siguiente que vi a Andersen llevaba unos calzones cortos de licra de color negro —algunos los llamarían calzoncillos— con la palabra STRONGMAN estampada en el trasero. Irrumpió alegremente en el gimnasio Ryugyong Chung Ju-yung de Pyonyang frente a trece mil norcoreanos cuidadosamente seleccionados, mientras el sistema de sonido proclamaba a todo volumen: «¡Es un auténtico macho!».

Parecía mucho más grande sin la ropa puesta. Me quedé asombrada ante la visión de sus bíceps y los músculos de sus muslos, que parecían intentar escapar de su piel como la carne de las salchichas de su envoltura. Apenas pude

imaginar la conmoción que debieron de sentir los norcoreanos, muchos de los cuales habían experimentado una hambruna que había matado a cientos de miles de sus compatriotas.

Momentos después apareció un luchador aún más grande, Bob Sapp, envuelto en una capa blanca de plumas y lentejuelas. Iba vestido para un carnaval, no para el Reino Ermitaño.

—¡Mátalos! —le gritó Andersen a Sapp mientras los dos estadounidenses se lanzaban contra dos luchadores japoneses mucho más pequeños.

Aquello resultaba tan extraño y alucinante como cualquier cosa que pudiera haber visto en Corea del Norte: una farsa estadounidense en la tierra de los propagandistas más malignos del mundo. Los norcoreanos que había entre el público, nada ajenos al engaño, no tardaron en darse cuenta de que todo aquello estaba extremadamente coreografiado, que tenía más de espectáculo que de deporte. Una vez conscientes de ello, se echaron a reír ante aquella teatralización.

Yo, en cambio, tenía problemas para discernir qué era real y qué no lo era.

Habían pasado seis años desde la última vez que estuve en Corea del Norte. Mi visita anterior fue con la Filarmónica de Nueva York, en el invierno de 2008. En aquel viaje tuve la impresión de que podría estar presenciando un punto de inflexión en la historia.

La más prestigiosa orquesta estadounidense estaba actuando en un país fundamentado en el odio a Estados Unidos. Las banderas norteamericana y norcoreana

ondeaban como sujetalibros en ambos extremos del escenario, mientras la orquesta tocaba *Un americano en París*, de George Gershwin.

—Algún día un compositor podría escribir una obra titulada *Los americanos en Pyonyang* —les dijo el director, Lorin Maazel, a los norcoreanos presentes en el auditorio.

Luego tocaron «Arirang», una desgarradora canción popular coreana sobre la separación, que afectó visiblemente incluso a aquellos residentes de Pyonyang tan minuciosamente seleccionados.

Pero el punto de inflexión no se produjo.

Ese mismo año, el «Amado Líder» de Corea del Norte, Kim Jong Il, sufrió un debilitante derrame cerebral que casi acabó con su vida. Desde ese momento, el régimen pasó a centrarse única y exclusivamente en una cosa: asegurarse de que la dinastía Kim permaneciera intacta.

Entre bastidores se fraguaban planes para instaurar al menor de los hijos de Kim Jong Il, un hombre que por entonces tenía solo veinticuatro años, como el próximo líder de Corea del Norte.

Pasarían dos años más hasta que se anunciara su coronación al mundo exterior. Cuando se hizo, algunos analistas esperaban que Kim Jong Un resultara ser un reformista. Al fin y al cabo, el joven se había educado en Suiza, había viajado por Occidente y entrado en contacto con el capitalismo. ¿No era factible que tratara de incorporar algo de eso a Corea del Norte?

También había suscitado esperanzas similares la accesión al poder del oftalmólogo educado en Londres Bashar al-Ásad en Siria, en 2000, y volvería a suscitarlas más tarde el

príncipe heredero Mohamed bin Salmán, que recorrió Silicon Valley y dejó conducir a las mujeres tras acceder a la Corona saudí en 2017.

En el caso de Kim Jong Un, los primeros signos fueron igualmente positivos, o eso pensaba John Delury, un experto en China de la Universidad Yonsei de Seúl, que buscaba indicios de que el joven líder podría traer reformas y prosperidad a Corea del Norte, como hiciera Deng Xiaoping en China en 1978.

Pero, sobre todo, había un tipo distinto de optimismo: el optimismo que entrañaba la creencia de que se acercaba el final.

Desde la cercana Seúl hasta la lejana Washington D. C., muchos funcionarios gubernamentales y analistas predijeron audazmente —a veces en susurros, a veces a voz en grito— una inestabilidad generalizada, un éxodo masivo a China, un golpe militar o un colapso inminente. Detrás de todo aquel sombrío alarmismo había un pensamiento compartido: seguramente el régimen no podría sobrevivir a la transición a un tercer líder totalitario llamado Kim, y mucho menos a un veinteañero que se había educado en elegantes escuelas europeas y era un acérrimo seguidor de los Chicago Bulls; un joven sin antecedentes militares o responsabilidades de gobierno conocidos.

Victor Cha, que había actuado como principal negociador con Corea del Norte durante la administración de George Bush hijo, pronosticó en las páginas del *New York Times* que el régimen se desplomaría en cuestión de meses, si no de semanas.

Puede que Cha fuera el más inequívoco en sus predicciones, pero no estaba solo. La mayoría de los observadores de Corea del Norte pensaban que el final estaba cerca. Había un escepticismo generalizado con respecto a la posibilidad de que Kim Jong Un estuviera a la altura de la tarea que le aguardaba.

También yo tenía mis dudas. No podía imaginar a Corea del Norte bajo el gobierno de una tercera generación de líderes de la familia Kim. Llevaba años siguiendo los avatares del país, de cerca y de lejos. En 2004 el periódico *Financial Times* me envió a Seúl para cubrir la información sobre las dos Coreas. Sería el comienzo de una persistente obsesión.

Durante los cuatro años siguientes viajé a Corea del Norte en diez ocasiones, incluidos cinco viajes periodísticos a Pyonyang. Recorrí los monumentos dedicados a los Kim, y entrevisté a funcionarios del Gobierno, gerentes de empresas y profesores universitarios, todo ello en compañía de los omnipresentes escoltas del régimen: estaban allí para asegurarse de que yo no viera nada que pudiera poner en tela de juicio la escena tan cuidadosamente preparada para mí.

Pero yo buscaba constantemente atisbos de la verdad. Pese a todos los esfuerzos del régimen, era fácil ver que el país estaba roto, que nada era lo que parecía. La economía apenas funcionaba. Era imposible no ver el miedo en los ojos de la gente. La ovación que escuché en favor de Kim Jong Il, cuando estuve a solo unos cincuenta metros de él en un estadio de Pyonyang en 2005, parecía pregrabada.

Ese sistema no podía prolongarse durante una tercera generación. ¿O sí?

Los expertos que habían predicho reformas generalizadas se equivocaron. Se equivocaron quienes predijeron un colapso inminente. También yo me equivoqué.

En 2014, después de seis años sin pisar la península de Corea, volví a la región como corresponsal del *Washington Post*.

Fue a los pocos meses de asumir el puesto, y después de casi tres años de gobierno de Kim Jong Un, cuando acudí a cubrir el torneo de lucha profesional de Pyonyang. Es el tipo de cosas que hacemos los periodistas para obtener un visado que nos permita entrar en Corea del Norte.

Me quedé perpleja.

Sabía que había habido una eclosión de la construcción en la capital, pero no tenía ni idea de su envergadura. En el centro de la ciudad parecía que cada dos manzanas se estuviera construyendo una nueva torre de pisos o un nuevo cine. Antes era inusual ver siquiera un tractor, pero de repente había camiones y grúas ayudando a construir edificios a los hombres con uniformes militares de color verde oliva.

Antes, cuando caminaba por las calles, nadie me miraba, a pesar de que era bastante raro ver a un extranjero. Bajaban la vista y seguían andando. Ahora reinaba un aire más apacible en la ciudad. La gente iba mejor vestida, los niños patinaban en pistas de nueva construcción y el ambiente era mucho más distendido.

No cabía duda de que en aquella capital de cartón piedra la vida seguía siendo sombría: seguía habiendo largas colas

para subir a los destartalados trolebuses, seguía habiendo un montón de ancianas encorvadas cargadas con enormes sacos a la espalda y seguía sin verse a una sola persona obesa. Ni siquiera mínimamente rechoncha. Aparte del Único, claro. Pero era evidente que Pyonyang, hogar de la élite que mantenía a Kim Jong Un en el poder, no era una ciudad que se hallara en situación precaria.

Casi siete décadas después de la proclamación de la República Popular Democrática de Corea, no vi el menor indicio de que hubiera grietas en la fachada comunista.

Durante esas siete décadas el mundo había presenciado el auge y el reinado de muchos otros brutales dictadores que habían atormentado a su pueblo mientras procuraban por sus propios intereses. Adolf Hitler, Iósif Stalin, Pol Pot, Idi Amin, Sadam Husein, Muamar el Gadafi, Ferdinand Marcos, Mobutu Sese Seko, Manuel Noriega... Algunos eran ideólogos; otros, cleptócratas. Muchos eran ambas cosas.

Incluso hubo casos de dictaduras familiares. En Haití, Papá Doc Duvalier traspasó el poder a su hijo, Baby Doc, y el presidente sirio Háfez al-Ásad cedió el liderazgo a su hijo Bashar. En Cuba, Fidel Castro dispuso que su hermano Raúl le sucediera en el cargo.

Pero lo que distingue a los tres Kim es la durabilidad del control de su familia sobre el país. Durante el reinado del fundador de la dinastía, Kim Il Sung, Estados Unidos tuvo diez presidentes —desde Harry S. Truman hasta Bill Clinton—, mientras que Japón tuvo un total de veintiún primeros ministros. Kim Il Sung sobrevivió casi dos décadas a Mao Zedong, y cuatro a Iósif Stalin. Corea del

Norte lleva existiendo más tiempo del que duró la Unión Soviética.

Yo quería descubrir cómo aquel joven y el régimen que heredó habían superado todas las probabilidades en contra. Quería averiguar todo lo que había que saber sobre Kim Jong Un.

Así que me propuse hablar con cualquiera que lo hubiera conocido en persona, buscando pistas sobre el que resultaba ser el más enigmático de los líderes. Fue una ardua tarea: muy poca gente había tenido ocasión de conocerlo, e incluso entre ese selecto grupo el número de personas que habían pasado una cantidad de tiempo mínimamente significativa con él era muy reducido. Pero yo iba en busca de cualquier revelación que pudiera obtener.

Encontré a los tíos de Kim Jong Un, que habían sido sus tutores cuando estudió en Suiza. Acudí a Berna para buscar pistas sobre su etapa formativa de adolescente, me senté en la calle a contemplar su antiguo apartamento y estuve paseando por su antigua escuela.

Almorcé dos veces en un mugriento restaurante de los Alpes japoneses con Kenji Fujimoto, un cocinero trotamundos que preparaba *sushi* para el padre de Kim y se había convertido en una especie de compañero de juegos del futuro líder. Hablé con personas que habían ido a Corea del Norte como parte del séquito del baloncestista Dennis Rodman, y escuché historias de embriaguez y comportamiento cuestionable.

En cuanto me enteré de que el hermanastro mayor de Kim Jong Un, Kim Jong Nam, había sido asesinado en Kuala Lumpur, de inmediato me subí a un avión y acudí al lugar

donde se había cometido el homicidio apenas unas horas antes. Aguardé fuera del depósito donde estaba su cuerpo, observando el ir y venir de funcionarios norcoreanos de aspecto airado. Fui a la embajada de Corea del Norte, y descubrí que allí estaban tan molestos con los periodistas que de hecho habían quitado el botón del timbre de la puerta.

Encontré a la prima de Kim Jong Nam, la mujer que en la práctica se había convertido en su hermana y se había mantenido en contacto con él mucho después de su defección y su exilio. Llevaba un cuarto de siglo viviendo una vida totalmente nueva bajo una identidad completamente distinta.

Luego, en medio del frenesí diplomático de 2018, de repente se volvió mucho más fácil encontrar personas que hubieran conocido al líder norcoreano.

Había surcoreanos y estadounidenses que habían organizado las cumbres de Kim Jong Un con los presidentes Moon Jae-in y Donald Trump o habían asistido a ellas. Hablé con varias personas que habían conversado con él en Pyonyang, desde un cantante surcoreano hasta un funcionario alemán de deportes. Vi su caravana de automóviles pasar junto a mí a toda prisa en Singapur. Busqué cualquier conocimiento que pudiera derivarse de cualquier encuentro con aquel misterioso potentado.

También pregunté repetidamente a los diplomáticos norcoreanos asignados a la misión en las Naciones Unidas —una colección de funcionarios urbanos que vivían juntos en Roosevelt Island, en el East River, una isla de la que a veces se dice en broma que es como una república

socialista en plena ciudad de Nueva York— si podía entrevistar a Kim Jong Un. Era una posibilidad remota, pero no una idea completamente descabellada. Al fin y al cabo, Kim Il Sung había almorzado con un grupo de periodistas extranjeros poco antes de su muerte, en 1994.

De modo que, cada vez que nos encontrábamos —siempre almorzando en un asador del centro de Manhattan, donde ellos pedían invariablemente el solomillo de cuarenta y ocho dólares en lugar del plato del día—, yo insistía. Y ellos siempre me respondían con una carcajada.

En la última ocasión, un mes después de la cumbre de Kim Jong Un con Donald Trump de mediados de 2018, el engolado diplomático responsable de los medios estadounidenses, el embajador Ri Yong Phil, me dijo riéndose de mí: «¡Siga soñando!».

En lugar de soñar, me dispuse a descubrir la realidad que existía fuera de la ficticia capital, en los lugares que el régimen no me dejaba visitar. Y encontré a norcoreanos que conocían bien a Kim Jong Un, no personalmente, sino a través de sus políticas: norcoreanos que habían vivido su reinado y habían logrado escapar de él.

En los años que llevo informando sobre Corea del Norte he conocido a decenas o quizá centenares de personas que han huido del Estado gobernado por la dinastía Kim. A menudo se los califica de «desertores»; pero a mí esa palabra no me gusta: implica que han hecho algo malo al huir del régimen. Yo prefiero llamarlos «fugitivos» o «refugiados».

Cada vez resulta más difícil encontrar personas dispuestas a hablar. Ello se debe en parte a que en los años

de gobierno de Kim Jong Un el flujo de fugitivos se ha ido reduciendo lentamente, hasta convertirse en un mero goteo, como resultado a la vez de una mayor seguridad fronteriza y de un aumento del nivel de vida en el país. Pero también es consecuencia de la creciente expectativa de que a los fugitivos se les pagará por su testimonio, lo que para mí resulta una imposibilidad ética.

Pese a ello, a través de diversos grupos que ayudan a los norcoreanos a escapar o establecerse en Corea del Sur, logré encontrar a docenas de personas dispuestas a hablar conmigo sin recibir nada a cambio. Eran gentes de todo origen y condición: funcionarios y comerciantes que habían prosperado en Pyonyang, habitantes de las regiones fronterizas que se ganaban la vida en los mercados, personas que habían terminado en las brutales cárceles del régimen por las infracciones más nimias...

También había quienes habían creído con optimismo que el joven líder traería un cambio positivo, y algunos incluso seguían sintiéndose orgullosos de que este hubiera construido un programa nuclear del que carecían los vecinos más ricos de Corea del Norte.

Con algunas de aquellas personas me reuní en Corea del Sur, a menudo en restaurantes de barbacoa baratos situados en ciudades satélite, después de que hubieran terminado su jornada laboral. Hablé con otras cerca de las orillas del Mekong, cuando se detenían para hacer una pausa en su peligrosa huida, sentada en el suelo con ellas en lúgubres habitaciones de hotel de Laos y Tailandia.

Finalmente, me encontré con otras en el norte de China. Esa fue la situación más peligrosa de todas, ya que China

trata a los fugitivos norcoreanos como migrantes económicos, lo que significa que, si los pillan, son repatriados a Corea del Norte, donde reciben un severo castigo. Pese a ello, escondidas en apartamentos prestados, me contaron valerosamente sus historias.

A lo largo de cientos de horas de entrevistas, realizadas en ocho países, logré montar el rompecabezas llamado Kim Jong Un.

Lo que descubrí no auguraba nada bueno para los veinticinco millones de personas que todavía siguen atrapadas en Corea del Norte.

EL GRAN SUCESOR

EL DESTINO DIVINAMENTE PERFECTO DEL
BRILLANTE CAMARADA **KIM JONG UN**

A los veinticinco millones de habitantes
de Corea del Norte. Ojalá pronto seáis libres
de perseguir vuestros sueños.

*«¡Diantre, puedo sonreír, y asesinar mientras sonrío;
puedo gritar “Contento” a lo que desuela mi corazón; puedo
mojar mis mejillas con lágrimas hipócritas y arreglar mi
cara según las circunstancias! [...] Soy capaz de añadir
colores al camaleón, de luchar en metamorfosis con Proteo,
de enviar a la escuela al sanguinario Maquiavelo. ¿Puedo
hacer esto, y no voy a poder agarrar una corona?».*

Gloucester, en WILLIAM SHAKESPEARE,
La tercera parte del rey Enrique VI, acto III, escena II¹

¹ Reproducido de la traducción clásica de Luis Astrana Marín.
(N. del T.).

PARTE I

EL APRENDIZAJE

El principio

«El Majestuoso Camarada Kim Jong Un, descendido del cielo y concebido por el monte Paektu».

Rodong Sinmun, 20 de diciembre de 2011

Wonsan es un paraíso en la tierra; o, al menos, un paraíso en Corea del Norte.

En un país de montañas escarpadas y suelo rocoso, de heladas siberianas e inundaciones repentinas, el área de Wonsan, en la costa oriental, es uno de los pocos lugares caracterizados por su belleza natural. Tiene playas de arena blanca y un puerto natural salpicado de islotes. Es allí donde pasa el verano el 0,1 por ciento de los más privilegiados de Corea del Norte; es su versión de Martha's Vineyard o Montecarlo.

Nadan en el mar o se relajan en las piscinas de sus villas situadas frente al mar. Sorben la deliciosa carne de las peludas pinzas del preciado cangrejo local y extraen las ricas huevas de su interior. Reparar fuerzas en el cercano lago Sijung, donde la piscina de lodo a cuarenta y dos grados tiene fama de aliviar la fatiga y borrar las arrugas, haciendo que los viejos y cansados dirigentes se sientan instantáneamente renovados.

Esta zona es especialmente apreciada por la más elitista de todas las élites: la familia Kim, que lleva más de siete décadas controlando Corea del Norte.

Fue aquí donde aterrizó el joven combatiente antiimperialista que había adoptado el nombre de guerra de Kim Il Sung cuando regresó a Corea en 1945, después de que Japón hubiera sido derrotado en la Segunda Guerra Mundial y expulsado de la península.

Fue aquí donde Kim Jong Il, que solo tenía cuatro años cuando terminó la guerra, permaneció oculto mientras su padre maniobraba para convertirse en el líder de la recién creada Corea del Norte. Esta mitad septentrional de la península contaría con el respaldo de la Unión Soviética y la China comunista, mientras que la mitad sur gozaría del apoyo de la democracia estadounidense.

Y fue aquí donde el niño llamado Kim Jong Un pasó los largos y ociosos veranos de su infancia, retozando en las playas y deslizándose sobre las olas a toda velocidad en una barca inflable.

Cuando nació, el 8 de enero de 1984 —un año asociado para siempre en el mundo exterior a la opresión y la distopía, gracias al novelista George Orwell—, su abuelo llevaba treinta y seis años gobernando la República Popular Democrática de Corea. Era el Gran Líder, el Sol de la Nación, el Brillante y Siempre Victorioso Comandante Kim Il Sung.

El padre del niño, un hombre extraño obsesionado por el cine que estaba a punto de cumplir los cuarenta y dos años, había sido designado heredero del régimen, y se disponía a brindarle el dudoso honor de transformarlo en la primera

dinastía comunista del mundo. Se estaba preparando para convertirse en el Amado Líder, el Glorioso General que Descendió del Cielo, y la Estrella que Guía el Siglo XXI.

A ambos les encantaba pasar tiempo en Wonsan. Y también al niño que algún día seguiría sus pasos.

Durante su infancia y adolescencia, Kim Jong Un se desplazaría con frecuencia hasta aquí desde Pyonyang, o aún más lejos, desde su escuela en Suiza, para pasar los veranos. Mucho más tarde, cuando quisiera presumir de este parque de atracciones unipersonal, llevaría allí a un peculiar baloncestista estadounidense para navegar y montar juergas..., muchas juergas. Más tarde aún, un promotor inmobiliario estadounidense poco convencional convertido en presidente de su país elogiaría las «grandes playas» de Wonsan, que describiría como un lugar ideal para construir bloques de apartamentos.

El régimen de Kim compartía la belleza natural de Wonsan con un grupo de selectos foráneos a fin de propagar el mito de que Corea del Norte era un «paraíso socialista». No es que la ciudad en sí fuera especialmente atractiva. Wonsan había quedado completamente destruida en la constante campaña de bombardeo estadounidense durante la guerra de Corea, y se había reconstruido en un insulso estilo soviético. En lo alto de los edificios de hormigón gris del centro de la ciudad se alzaban letreros de color rojo con lemas como «¡Viva el Gran Líder, el Camarada Kim Il Sung!» y vallas publicitarias que vendían el totalitarismo a una población que no tenía otra opción más que comprarlo.